

ESTAR SIN ESTAR: DIÁLOGO PEDAGÓGICO A PARTIR DE UNA ESCENA POÉTICA

Martín Bilches

Educador Social. Uruguay

RESUMEN:

Este artículo propone una reflexión crítica que por momentos roza una mirada filosófica en torno a la presencia-ausencia educativa a partir de un poema que escenifica la figura de una educadora ensimismada en el dispositivo móvil mientras la vida del patio continúa sin ella. Lejos de realizar un análisis literario, el texto utiliza la potencia poética para interrogar las formas contemporáneas de “estar sin estar”, marcadas por la primacía del yo y como esta se ve reforzada por parte de la tecnología. Se busca problematizar la pérdida de ritualidad, la discontinuidad de la relación entre adultos y recién llegados y el desdibujamiento de los gestos pedagógicos que configuran el mundo común. La pantalla aparece como un dispositivo que intensifica la mismidad y debilita la transmisión cultural. Frente a ello, se propone recuperar el sentido ético del oficio educativo, pero también el sentido político, ambos como cuestión indisoluble de lo pedagógico. Reinstalar la disponibilidad y revalorizar los gestos mínimos que habilitan la experiencia, el acompañamiento, lo colectivo, en definitiva la preservación de lo humano.

PALABRAS CLAVE:

Presencia, ausencia, ritualidad, gestos pedagógicos.

RESUMO:

Este artigo propõe uma reflexão crítica, por vezes beirando uma perspectiva filosófica, sobre a presença e a ausência da educação, utilizando um poema que retrata uma professora absorta em seu dispositivo móvel enquanto a vida no pátio da escola continua sem ela. Longe de oferecer uma análise literária, o texto utiliza o poder poético para questionar as formas contemporâneas de “ser sem ser”, marcadas pela primazia do eu e como esta é reforçada pela tecnologia. Busca

problematizar a perda do ritual, a descontinuidade da relação entre adultos e recém-chegados e o obscurecimento dos gestos pedagógicos que moldam o mundo compartilhado. A tela surge como um dispositivo que intensifica a homogeneidade e enfraquece a transmissão cultural. Em resposta, o artigo propõe a recuperação das dimensões ética e política da profissão docente, ambas como aspectos inseparáveis da pedagogia. Visa restabelecer a disponibilidade e revalorizar os gestos mínimos que possibilitam a experiência, o acompanhamento, o coletivo e, em última instância, a preservação do humano.

PALAVRAS-CHAVE:

Presença, ausência, ritual, gestos pedagógicos.

Introducción

El advenimiento de las transformaciones tecnológicas sin dudas ha transmutado la cotidianidad de los proyectos socioeducativos. Desde hace varios años que la presencia del celular ha dejado de ser algo inusual, para transformarse en un elemento de la escena diaria de muchas instituciones. Más allá de las diversas utilidades que puedan atribuirle, es notorio que la presencia de este dispositivo en la escena educativa no constituye únicamente una distracción, sino un síntoma de un modo de relación donde el yo adulto se repliega sobre sí mismo y se vuelve menos disponible para quienes recién llegan al mundo.

Este artículo es una excusa para que lo antes mencionado entre en tensión, y sea reflexionado desde una mirada crítica. Partiendo de un poema que narra, con elocuente sencillez, la escena de un patio y la simultánea ausencia de una educadora, que si bien intenta estar, no lo logra.

Lejos de proponer un análisis literario, se asume al poema como un gesto que inspira pensamiento. A propósito de establecer una forma de pensar que tengan sentido con lo que se presenta en el artículo, Marie Bardet (2019) formula:

Pensar es un gesto, el gesto del afuera que se pliega y fuerza un pensamiento. Pensar, no como re-flexión de un “hombre pensando” sobre sí mismo o como el soliloquio autónomo de un sujeto aislado en sí mismo, sino siempre por una línea del afuera que se pliega. (p. 9)

La fuerza del poema reside en mostrar cómo la ausencia adulta se vuelve una presencia que deja a niños y niñas sin el acompañamiento para hacer experiencia de mundo. Siguiendo la perspectiva, se toman los aportes de Hannah Arendt, para pensar que la educación implica asumir la responsabilidad de introducir a los recién llegados en un universo simbólico que los antecede a modo de herencia. Cuando esta tarea se interrumpe —ya sea por la fragmentación de la atención o por la supremacía de intereses personales— la relación pedagógica se debilita y el patio pierde su carácter en tanto espacio: ritual, comunitario y portador de experiencia.

A partir los aportes de Byung-Chul Han, es posible contextualizar como este fenómeno parte de una cultura marcada por un enfoque hacia sí y la desaparición de los rituales. La pantalla, como puerta de entrada a un dispositivo que privilegia la autoreferencia reforzando la positividad, a la vez que, opera como un refugio frente a la negatividad del encuentro con el otro. Así, el gesto educativo —mirar, escuchar, acompañar, sostener— se ve desplazado por ínfimas interacciones digitales que fragmentan la presencia. Este desvío propone cuestionamientos sobre el sentido del oficio de educar —sobre la dicotomía entre el hoy y los orígenes que un día nos llevaron al oficio—, sobre las motivaciones que sostienen las prácticas en la actualidad y sobre la persistente tensión entre la prevalencia de vida personal y la responsabilidad educativa.

El propósito de este artículo es, por lo tanto, explorar las implicancias de esta ausencia que se hace presencia en la vida cotidiana de las infancias, discutir como la supremacía del yo tensa la relación con niños y niñas, para finalmente reflexionar sobre la posibilidad de recuperar la importancia de los gestos pedagógicos como formas encarnadas de transmisión a partir de la presencia. A través del diálogo entre el poema y diversos referentes teóricos que fueron surgiendo en el andar del texto, se busca reinstalar la pregunta por el modo de estar con otros en la escena educativa actual y por los desafíos que ello supone en tiempos donde la pantalla y el algoritmo se convierten en una frontera entre los cuerpos y el mundo de lo común.

La educadora perdida en la pantalla¹

Salen al patio los niños,
la miran,
juegan,
se pelean,
se tiran al pasto.
Pasan mil cosas pequeñas
que ella no ve.

Las hormigas marchan,
se arman acuerdos,
se prestan los buggy,
alguien cae,
otra mano se tiende.
Pero ella no está.

Una niña la mira de lejos,
y en esa educadora
ve a su madre:
la misma mirada ausente,
la misma prioridad brillante
en una pantalla.

La llaman.
Nada.
Dos segundos de atención,
y vuelve a perderse.

A veces grita:
— ¡Fulano, bajate de ahí!
— ¡Mengano, ponete el gorro!

Y vuelve al teléfono,
a ese otro mundo
donde no hay ni viento,
ni tierra,
ni infancia.

¿Qué nueva forma de estar
sin estar es ésta?
¿A quién estamos educando?

Es tiempo de mirarnos,
de repensar el modo,
de recordar
por qué elegimos estar acá.

No basta con cuidar.
Estamos para mostrar el mundo,
escuchar,
observar,
acompañar.

Dejemos las redes,
los mensajes,
las llamadas,
para otro momento.

Los niños nos necesitan
aquí y ahora.

Seamos presencia.
Es lo menos que se merecen

¹ Autoría de la educadora Miriam Medina

La educadora perdida en la pantalla: elogio a una escena poética

Siempre es una opción irrefutable poder partir de expresiones de la vida misma, y si bien no tenemos la certeza de que la poesía que inspira este artículo sea verídica, sea una realidad ficcionada o “edulcorada” a modo de mito, es por demás elocuente y necesaria en un tiempo donde lo individual parece hacernos sucumbir.

Lejos de pretender hacer un análisis literario -para el cual se carece de herramientas- se busca el diálogo con el texto, con ese gesto poético que inspira una forma profesional, un texto que propone una coartada imperfecta, de ahí la oportunidad de pensar.

El poema se exhibe con frescura, esa es la primera sensación que se percibe, pese al tono de denuncia no pierde la inocencia, y no desde la ingenuidad, por el contrario, se habla desde una obstinación por conservar y conservarse en las infancias, esa necesidad de no renunciar a las causas que un día llevaron a dedicarse al oficio de educar.

Es un grito de resistencia que puede interpretarse de muchas maneras, pero que no deja de ser es un grito particular, que se vuelca hacia nosotros mismos. Donde el celular o la pantalla más que un distractor del otro -que es cierto- es siempre un encuentro consigo mismo. He aquí la primera idea -que seguramente sea la constante a lo largo del texto - asistimos a un tiempo donde el otro es en función de reforzar o exhibir el yo y quien refuerza el yo por excelencia, es el celular, la pantalla, el algoritmo.

No interesa tanto si quien escribe es educadora, educador, madre, padre, tío, tía, abuela o abuelo, lo importante es que lo hace nombre del mundo de los anfitriones. El escenario es típico de una institución educativa, donde los detalles hacen lo posible por producir una atmosfera de encuentro con eso que rodea a los niños y a las niñas, pero queda rápidamente sin efecto, por el desmonte de la actitud de la educadora que “rompe” la escena. También queda sin efecto saber si quien escribe se cuenta en ese acto, o acusa a alguien que ve en el patio. Pero eso no es lo importante, el mismo texto hace que no lo sea. Es decir, no es una denuncia a modo de querrela que anuncie un delito, por el contrario, es un gesto de pausa, entre el ir y venir del texto hay algo que se detiene, no es la presencia la que hace pausa, sino la ausencia. Ese gesto de pausa -en este caso- es síntoma de

pensamiento, es el reflexionar el que está en esta pausa y lo que a su vez, brinda la posibilidad de pensamiento.

La ausencia es presencia, “la miran...ella no ve”, “se arman acuerdos...ella no está”, “La llaman...Nada...vuelve a perderse”, en su escritura, expone una forma de no estar que adjetiva a la educadora ausente. No es hasta la llegada de la pregunta, a mitad del poema, que se desmonta esta forma, no es casual que sea la pregunta la que tense, la que haga umbral.

Del ritual del patio, a la mismidad de la pantalla

En el vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida.

Byung Chul Han (2020) “La desaparición de los rituales”, pág. 12

El ritual de la salida al patio se desvanece, parece no ser igual, cambia, se transforma, transmuta, aquello cotidiano factible de hacer experiencia, queda al libre albedrío. Y la pregunta quizás no sea si el ritual ha desaparecido, sino como hace el niño o la niña, sin ese ese ritual, sin ese adulto disponible. Este es el planteo de Hanna Arendt, dar a conocer el mundo a los recién llegados, esto no ocurre, por el contrario se sacrifica al otro para la preservación del yo.

El otro desaparece, principalmente porque lo que ponía en relación el mundo adulto para construir patio ya no está, en su lugar queda el “vacío simbólico” de la ausencia. Sin eso todas las imágenes y sentidos que capta quien escribe el poema, no hacen ritual; “...se tiran al pasto”, “Las hormigas marchan, se arman acuerdos, se prestan los buggy...” estas acciones pasan desapercibidas, y lejos de ser lo común, instauran la lejanía.

La mismidad de la pantalla es lejanía, es des-comunión, a propósito Han (2020) refiere:

Al tiempo le falta hoy un armazón firme. No es una casa, sino un flujo inconstante. Se desintegra en la mera sucesión de un presente puntual. Se precipita sin interrupción. Nada el ofrece asidero. El tiempo que se precipita sin interrupción no es habitable. (pág. 13)

Se da una ruptura en aquello que era portador de estructura, por el contrario aparece la pantalla y el ofrecimiento de un tiempo otro, un tiempo sin el otro.

En esta dicotomía es interesante como el dedo índice tiene otro simbolismo funcional. El dedo indicador, el que señalaba enseñando un mundo partiendo de unas representaciones que ofrecer a niños y niñas, es el mismo que ahora marca el movimiento en la pantalla, en una relación de decirse a sí mismo. El gesto de mostrar que hace aparecer al ritual, cede ante la “prioridad brillante...en una pantalla.” Esto no es sin la alteración por anulación del otro.

La relación que se da con el celular, tampoco ofrece asidero, si bien tiene relevancia en tanto su condición de actante según Bruno Latour (2008), podría decirse que no tiene esa cualidad que da estabilidad a la vida en común. Quizás por eso, esa constante simulación o querer abarcar lo real de la vida: red, comunidad, amistad, me gusta, te sigo, todas acciones que pretenden dar cuenta o representar el encuentro. Lo obsoleto de celular, el desgaste propio del uso constante, hace que no tenga valor en tanto cosa, podríamos decir que los objetos establecen una estrecha relación con los rituales y con la producción de éstos. Peter Handke (1983) expresa al respecto lo siguiente:

Con ayuda de la misa los sacerdotes aprenden a manejar pulcramente las cosas: sostener con cuidado el cáliz y la hostia, limpiar pausadamente los recipientes, pasar las hojas del libro. Y el resultado del manejo pulcro de las cosas es una jovialidad que da alas al corazón.
(pág. 8)

Desde esta mirada no hay más que una acción de uso que no produce encuentro, solamente destellos de “presencia” y “Y vuelve al teléfono, a ese otro mundo donde no hay ni viento, ni tierra, ni infancia.” Es constatar lo que Péter Nadás (2006) a modo de nostalgia menciona, “Hoy ya no quedan árboles elegidos y el cántico de la aldea ha enmudecido” (pág. 33) Con esto vemos que la complejidad es aún mayor en relación a lo que produce, se deja a los recién llegados “librados” a su suerte, a hacer del patio algo que quizás alguna vez fue un punto de reunión.

¿Cómo estar con otros sin renunciar al protagonismo de yo?

Asistimos a un tiempo que reviste algunas complejidades, pero quizás la más sobresaliente es como las decisiones, sentires, emociones, ideologías, formas de pensar, incluso hábitos o creencias personales, ocupan hoy una centralidad irrenunciable en quienes comparten la vida con las infancias. De hecho se vuelve tema de discusión entre los equipos, donde perspectivas personales muchas veces radicalizadas dejan poco margen a la incorporación de otras perspectivas para la resignificación esencial en el proceso de aprendizaje de las y los destinatarios de nuestras acciones educativas. No hace muchos años se decía que “los problemas personales quedaban fuera del trabajo”, y más considerando que con quienes trabajamos seguramente atravesasen situaciones de mayor complejidad. Eso hoy ya casi no se escucha, por el contrario el “yo”, o el “a mí” ocupan la escena. Y esto no tiene que ver con promover la despersonalización del mundo adulto, lo inquietante es la prevalencia actual con la que esto marca la relación con las infancias.

Incluso el modelo disciplinar que tenía una estructura rígida no era en función de reafirmar el yo del adulto; la antigua imposición carecía de esta permeabilidad del yo. En ese caso el adulto oficiaba más de vigilancia y eventualmente sancionador. Actualmente el adulto está ausente, se “borró”, y esa ausencia deja al otro sin mundo. Pero lejos de ser una ausencia vacía, es una ausencia que busca encontrarse consigo mismo, afirmar la positividad placentera del yo.

Volviendo al poema, decíamos que quien conjuga por excelencia esa cualidad es el celular. Byung Chul Han (2021) en el libro “No cosas” expresa que:

En la comunicación digital el *otro* está cada vez menos presente. Con el smartphone nos retiramos a una burbuja que nos blindamos frente al otro. En la comunicación digital, la forma de dirigirse a otros a menudo desaparece. Al otro no se le llama para hablar. Preferimos escribir mensajes de texto, en lugar de llamar, porque al escribir estamos menos expuestos al trato directo. Así desaparece el otro como voz. (pág. 35)

De esta forma se resguarda de la negatividad del otro, que lo hace otro, de ese “...tiempo de mirarnos”. El poema invita a confrontar esta propensión con la idea de que: “Es tiempo de

mirarnos, de repensar el modo, de recordar por qué elegimos estar acá”. La educación requiere disponibilidad, exposición al otro, presencia encarnada.

Entre vocación, oficio y responsabilidad: recuperar el sentido de estar

En definitiva cada vez se ensancha más la distancia entre el yo y las razones por las cuales decidimos dedicarnos la oficio de educar. Se repelen aquellas cosas por las que durante mucho tiempo bregamos.

Durante décadas, la educación fue también lugar de militancia, causa y proyecto colectivo. Ser educador/a implicaba una articulación estrecha entre vida personal y vida profesional, sin que ello significara colonizar la escena educativa con el yo, sino sostener una ética común. Hoy esa sinergia parece diluirse. La distancia entre el yo y las razones que sostienen el oficio se amplía. En este punto, “Diario de ruta” de Luis F. Iglesias (1963) ofrece una perspectiva pertinente: “El maestro de la escuela primaria ciertamente es el soldado nato y de vanguardia en el que la pedagogía encuentra, en sentido unamunesco, su carne y sus huesos” (pág. 9). Esta imagen recupera la idea del maestro como encarnación viva de la pedagogía, como aquel que porta y transmite un mundo.

Trasladada al presente, la frase interpela: ¿qué ocurre cuando ese cuerpo presente, esa carne y esos huesos, están pero no están? ¿Qué pedagogía encarnamos cuando la mirada se fuga a la pantalla.

Por el contrario, muchas de nuestras prácticas actuales parecen alejarnos de aquello que en otro tiempo nos convocaba al oficio educativo. En su lugar emergen actividades, intereses y rituales personales que ocupan un protagonismo creciente y tienden a disociarse del encuentro con el otro. No se trata de cuestionar la legitimidad de la vida personal ni de las actividades que cada adulto desarrolla fuera del ámbito laboral; lo que está en discusión es la supremacía que estas adquieren y su irrupción en la escena educativa como forma de compensación o reparación frente al desgaste que produce el vínculo con las infancias.

Militamos para la ideología del yo, o buscamos en las ideologías aquello que más nos identifica. Por esta razón se hace tan difícil lo colectivo, Byung Chul Han (2012) remite a la “Agonía del Eros” para graficar esto. El otro como misterio, diferencia, como algo que nos “saca” de sí, aparece

desdibujado. Lo distinto del otro que reforzaba mi ser persona hoy es una amenaza y en su lugar buscamos alimentar reflejos de nosotros mismos, evitamos la negatividad del encuentro, y preferimos vínculos que no nos desafíen. Según el planteo del autor el eros está en agonía, porque solo existe ahí donde hay otro verdadero.

Los gestos y la presencia en lo pedagógico: modos de aparecer ante el otro

Si algo refleja la a escena poética es la oportunidad pensar la presencia educativa no solo como una condición física, sino como un tejido de gestos, esos gestos que por su ausencia o reivindicación de aparición están a lo largo del texto. De alguna manera marcan el tiempo de lo poético, y sin dudas, los gestos marcan un tiempo anacrónico, un tiempo de ritual. Esas pequeñas acciones que constituyen la forma en que el adulto se hace disponible para el otro. En educación, la presencia nunca es neutral: es siempre una forma de aparecer en el mundo, un modo de ofrecerse, un tipo de relación. De ahí su estrecho vínculo con lo político.

A propósito de los gestos Jean Francois Bert (2010), aludiendo al biólogo francés André-Georges Haudricourt menciona que:

Para él, un gesto, una posición del cuerpo, un movimiento, realmente no tiene sentido sino en un medio ambiente y en una situación dada. No solo se trata, cada vez, de considerar al grupo en su comportamiento conjunto, sino también de poner en evidencia algunos de esos mecanismos escondidos, entre ellos, el que concierne a las relaciones que los individuos desarrollan con el mundo vegetal y animal que los rodea. (pág. 19)

Es inevitable como la escena poética articula los cuerpos y los pone a jugar con el patio como parte de la naturaleza, de las infancias y de las cosas que allí pasan. Esos gestos “el pasto”, “las hormigas”, “las caídas”, “las manos tendidas”, hablan de lo que Marie Bardet (2019) llama “Hacer mundos con gestos”, donde:

Se recuera la especificidad de pensar en términos de gestos en un sentido muy preciso: cada gesto, cualquiera sea, no solamente es estudiable desde el punto de vista de un cuerpo biológicamente concebido ni desde su biomecánica, y mucho menos desde su anatomía, sino como una relación cuerpo/objeto/fuerza/contexto. (pág. 89)

La escritura coloca armoniosamente —aunque no pierda su sentido de denuncia—, cuerpos, naturaleza, contexto, ausencias, presencias, acciones, gestos que se hilvanan en una trama que a modo de súplica reclama presencia. Porque no podemos pensar los gestos vacíos de presencia.

Los gestos —mirar, señalar, acercarse, inclinarse, escuchar, esperar— son tecnologías mínimas de la relación pedagógica. Son formas en el que se manifiesta un estar ahí, no como una mera vigilancia, sino como quien acompaña, legitima y sostiene la experiencia. La imposibilidad de los gestos por la ausencia —tal como sugiere el poema— produce un vacío, una grieta en el entramado simbólico que habilita la experiencia compartida. Contrariamente, proponer “Ceremonias mínimas” al decir de Mercedes Minnicelli (2013) como:

...dispositivo socio-educativo- y/o clínico-metodológico, clave y llave para múltiples intervenciones posibles. Nos servimos de ellas más que como un concepto que admite una única definición, como una metáfora, es decir, un dispositivo para pensar y habilitar alternativas de intervención no convencionales. (pág. 43)

Resulta de perogrullo que lo “no convencional” sea proponer de gestos de presencia, sea responder a la necesidad de los niños y niñas “aquí y ahora”, sea volver a la utilidad de lo inútil de Nuccio Ordine (2013), que en este caso no tiene tanto que ver con actividades de que no revisten “productividad”, sino que lo útil sería volver al otro, volver a mirar al otro, a su negatividad, a su diferencia como única forma de promover el yo.

Finalmente visualizar que el gesto funda un modo de estar con otros. Arendt recordaba que educar implica introducir a los recién llegados en un mundo preexistente, y ese acto inaugural es siempre

gestual antes que discursivo: el dedo índice que muestra un objeto; la postura que se acerca para escuchar un relato; un silencio que habilita la palabra del niño y la niña; un cuerpo que acompaña el juego.

Cuando el gesto falta —cuando el cuerpo está presente pero la disponibilidad de ausenta— la educación se vuelve un procedimiento vacío, sin transmisión de mundo. La pantalla reemplaza el gesto: el deslizamiento del dedo, el registro del mensaje, la micro-interrupción constante fragmenta la continuidad de la relación.

La presencia como gesto político y humano

Proponer pensar en la Pedagogía de la Presencia propuesta por Antonio Carlos Gomes da Costa en el apartado final, además de ser en encuentro al cual veníamos dirigiéndonos en este artículo, viene a hilvanar mucho de lo que ya ha sido mencionado. La ausencia como presencia, bregaba por una presencia de la educadora —en el caso de la poesía— que pudiera encarnar lo que el autor expresa en un texto que al decir de Emilio García Méndez de las palabras iniciales del propio libro, describe como “...una verdadera *Presencia de la pedagogía*”.

A propósito de la escena poética del patio, en la línea de lo que venimos sosteniendo, Gomes da Costa (2004) expresa, “Cuando la experiencia del día a día es valorizada, la rutina se transforma en aventura, y la relación educador-educando se ofrece como un espacio de desarrollo personal y social de sus protagonistas.” (pág. 21)

Subyace la idea la presencia como potencia, pero lo relevante es que no se presenta como unidireccional, desde una perspectiva adultocéntrica, sino que reviste cierta horizontalidad en tanto mirada ética; sin renunciar a la responsabilidad de mostrar un mundo a los recién llegados. Por otra parte exhibe como la rutina, el ritual, la vida cotidiana cuando hay presencia y se incrementa, se vuelve atmósfera de experiencia. Y no solo eso, sino que “Reflexionar sobre los acontecimientos comunes del día a día nos parece el mejor de los caminos.” (pág. 23), es decir, brinda la posibilidad de pensar en las acciones de que llevamos adelante para seguir descubriendo-nos en relación con los niños y las niñas.

Para el autor la presencia es: concepto, instrumento y objetivo de la pedagogía que propone. De esta manera se hace fundamental ya que opera en todos los intersticios que establece.

Quizás el punto de tensión que se establece con el autor tiene que ver con la adjetivación de la pedagogía, con una característica que debería darse por el simple hecho de estar con otros, es como si el hecho de tener que aclararlo le quitara peso o le “jugara en contra”. Pero eso no le impide potencia al aporte según lo que se viene planteando.

Otra de las ideas centrales tiene que ver con la forma en la que se hace presencia. Y como ésta, lejos de ser:

...un don, una característica personal intransferible de ciertos individuos, algo profundo e incommunicable. Por el contrario, es una aptitud posible de ser aprendida, mientras exista, por parte de quien propone aprender, la disposición interior (apertura, sensibilidad y compromiso) para ello. (pág. 31)

Si bien es claro el planteo, lo propio del tiempo actual nos hace pensar, que si bien es cierto incluso puede tenerse la aptitud de apertura para aprender, en muchos casos esa sensibilidad que se sobre entiende es en favor de otro y eso de alguna manera me retroalimenta en términos de reciprocidad, hoy esta es tela de juicio. En muchos casos no se ve una afirmación del yo en la sensibilidad hacia el otro. Por lo tanto, no me defino en función de ese otro, eso afecta la responsabilidad, el compromiso y en esa misma línea, la mirada ética y política.

De esta manera y continuando con el planteo del autor: “Sin ese compromiso, su estar-junto-al-educado no pasará de un rito despojado de significación más profunda, y se reducirá a la mera obligación funcional o a una forma cualquiera de tolerancia y condescendencia, para coexistir más o menos pacíficamente.” (pág. 31) Es claro el planteo, y las asociaciones con la escena que da lugar a este artículo surgen por sí solas. Lo único a destacar es que la ausencia y lo despojado del rito, así como también la mera obligación funcional, no son neutrales, es decir, por negligencia o por omisión inciden en la subjetividad de las y los destinatarios de nuestras prácticas. Y si bien no

revista una gravedad notable, no deja de coartar las oportunidades de transmisión del mundo, y con ello la permanencia de lo humano.

Lo establecido por el autor mantiene tres pilares fundamentales: la disponibilidad del educador, la reciprocidad a través de gestos de atención y afecto, y un compromiso permanente. Justamente el poema es un grito de resistencia a la ausencia, volviendo a la presencia, y con ella a la disponibilidad de un estar adjetivado, en relación y compartiendo la experiencia de lo común. Resignificar, traer a escena los gestos, esos que habitan y configuran el estar con otros. Y finalmente el compromiso, que sin dudas debe ser permanente, pero por sobre todo, debe ser ético y humanizante.

Reflexiones Finales

“La posibilidad de vivir empieza en la mirada del otro.”

Michel Houellebecq (1998)

La escena poética que dio origen a este artículo es potencia porque expone con suavidad incómoda aquello que los conceptos muchas veces no logran decir con claridad: que la presencia educativa es, ante todo, un gesto ético. Ese gesto de “mirada de otro”, es potencia vivificante. Por esa razón lo que está en juego no es únicamente la distracción que provoca la pantalla, sino el quiebra de una responsabilidad profunda: la de introducir a los recién llegados en un mundo que no solo deben habitar, sino también heredar. En esta línea, la ausencia evidenciada en el poema es una renuncia simbólica a ese deber intergeneracional que Arendt considera el corazón mismo de la educación.

Frente a este resquebrajamiento, es imperiosa la necesidad de reavivar se vuelve los rituales, las pequeñas ceremonias cotidianas y los gestos mínimos que hacen habitable la experiencia. Allí donde Han señala la disolución de la ritualidad en un tiempo liviano, la poesía nos recuerda que lo cotidiano puede ser todavía lugar de encuentro, siempre que exista un adulto disponible para leerlo, sostenerlo y ofrecerlo. Gestos simples —mirar, esperar, escuchar, acompañar— poseen una potencia estructurante cuando son habitados por un cuerpo presente y disponible, pero no solo físicamente, sino que también simbólicamente comprometido. Hacer mundos con gestos, como

propone Bardet, es devolverle al patio su permanencia de comunidad. Esto difícilmente pueda ponerse a prueba más que con gestos, ya que al decir de Joan-Carles Mèlich (2025):

No hay pruebas para la confianza. Alguien que diga “confía en mí” no puede ofrecer pruebas, pero sí gestos. No hay que confundir una prueba con un gesto. La prueba pertenece a la gramática de la evidencia, a la condición cartesiana de lo claro y lo distinto; el gesto, en cambio, pertenece a la gramática del eros. (pág. 45)

Es a partir de lo anterior que cobrar preeminencia lo propuesto por Philippe Meirieu (2001) cuando refiere que: “Educar es, precisamente, promover lo humano y construir la humanidad [...] la humanidad en cada uno de nosotros como acceso a lo que el hombre ha elaborado de más humano” (pág. 30-31).

Y aclara que:

...el decidir —o simplemente aceptar— privar de forma deliberada, aunque fuera a un solo individuo, de la posibilidad de acceder a las formas más elevadas del lenguaje técnico y artístico, a la emoción poética, a la comprensión de los modelos científicos, a los retos de nuestra historia y a los grandes sistemas filosóficos, es excluirlo del círculo de la humanidad, y excluirse a uno mismo de ese círculo. Es, en realidad, romper el propio círculo y poner en peligro la promoción de lo humano” (pág. 30-31).

Lo humanizante, para el autor, se juega precisamente en ese equilibrio delgado entre ofrecer un mundo y permitir que cada niño o niña lo haga propio; entre orientar sin dominar; entre acompañar y dejar ir. La presencia educativa es, entonces, una forma de hospitalidad, una forma de anfitrión. Cuando el adulto se retrae, el proceso de humanización queda suspendido. No se trata solo de falta de disponibilidad, sino de la imposibilidad de ofrecer un marco común donde la infancia pueda inscribir sus primeras experiencias de mundo.

Recuperar la presencia —como concepto, instrumento y objetivo al decir de Gomes da Costa— se convierte así en una acción política en sentido pleno. Reencontrarse con el oficio supone reorientar

el gesto pedagógico hacia su razón profunda: ofrecer condiciones para que otros existan, crezcan y encuentren un lugar en la trama compartida y en esa existencia reforzar la nuestra. Implica como vimos volver a reinstalar la disponibilidad, sostener la reciprocidad y asumir la responsabilidad para con los otros. Significa, finalmente, mantener viva la pregunta que el poema deja en suspenso: ¿qué pedagogía encarnamos cuando estamos sin estar?

El patio, como cualquier espacio educativo, puede ser todavía un territorio de experiencia, de aventura y de comunidad. Pero solo lo será si quienes lo habitan con las infancias deciden estar, sostener su presencia como acto de apertura y resistir la tentación del repliegue narcisista del mundo actual. Volver al gesto, al ritual, al encuentro, es reafirmar lo más humano de la educación: esa que permite que cada niño y cada niña reciban, a través de un adulto disponible, el mensaje más esencial y a la vez más político que puede ofrecer la pedagogía: “Aquí hay un mundo que te corresponde; no estás solo; te acompaño a entrar en él, para cuando salgas puedas resignificarlo.

Referencias.

- Arendt, H. (2009) “La condición humana”. Buenos Aires: Paidós
- Bert, F. (2010). En “Des gestes aux techniques.” París: Editions de la Maison des sciences del l’homme.
- Gomes da Costa, A. C. (2004). “Pedagogía de la presencia: introducción al trabajo socioeducativo junto a adolescentes en dificultades.” Buenos Aires: Losada.
- Han, Byung-Chul. (2012) “La agonía del eros.” Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul. (2020) “La desaparición de los rituales.” Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul. (2021) “No-cosas.” Madrid: Taurus.
- Handke, P. (1983). “La repetición.” Madrid: Alianza. Traducción al castellano, 2018.
- Houellebecq, M. (1998) “Las partículas elementales”. Barcelona: Anagrama
- Iglesias, L. (1963). “Diario de ruta”. Buenos Aires: Editorial Lautaro
- Latour, Bruno (2008) Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red. Buenos Aires: Manantial

Marie Bardet, M. (2019) “Hacer mundos con gestos.” Traducido por Pablo Ariel Ires. Buenos Aires: Cactus.

Meirieu, P. (2001), La opción de educar. Ética y pedagogía, Barcelona: Octaedro.

Melich, J. (2025) “El escenario de la existencia”. Barcelona: Tusquets Editores

Minnicelli, M. (2013) “Ceremonias Mínimas. Una apuesta a la educación en la era del consumo.”

Bs. As: Homosapiens Ediciones.

Nadás, P. (2006). “Behutsame Ortsbestimmung. Zwei Berichte. Berlín: Berlin Verlag

Ordine, N. (2013). “La utilidad de lo inútil.” Barcelona: Acantilado.

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO: Bilches, M. (2026), *Estar sin estar. Diálogo pedagógico a partir de una escena poética*. En: <http://quadersnanimacio.net> nº 43, Enero 2026; ISSN: 1698-4404.